

12 del Doce

7

PINAR DE LOS FRANCESES

5 DE MARZO DE 1811



RAFAEL MARÍN
ÁNGEL OLIVERA

12 del Doce
7



PINAR
DE LOS
FRANCESES
5 DE MARZO DE 1811

Guión
RAFAEL MARÍN

Dibujos
ÁNGEL OLIVERA



CÁDIZ, 2011

© Diputación de Cádiz

© Rafael Marín

© Ángel Olivera

© Manuel Barrero

© José Joaquín Rodríguez

© Melchor Prats

Dirección artística y diseño: **Fritz**

Editan: **Diputación de Cádiz**

Servicio de Publicaciones

Calle San José, 7 dpdo.

11004 Cádiz

Tel.: 956 808 311 - Fax 956 228 249

e-mail: cultura.archivoypublicaciones@dipucadiz.es



Imprime: Línea Offset S.L. - Chiclana

ISBN: 978-84-92717-17-0

Depósito legal: CA-49/2011

Primera edición: Marzo de 2011

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

DOS HOMBRES Y UN DESTINO

El duque de Wellington, que asomará fugazmente en nuestro próximo álbum y que se enfrentaría y derrotaría a Napoleón pocos años más tarde de esta historia, dijo la frase célebre: “Al margen de una batalla perdida, no hay nada más deprimente que una batalla ganada”. El inglés, naturalmente, sabía de lo que hablaba.

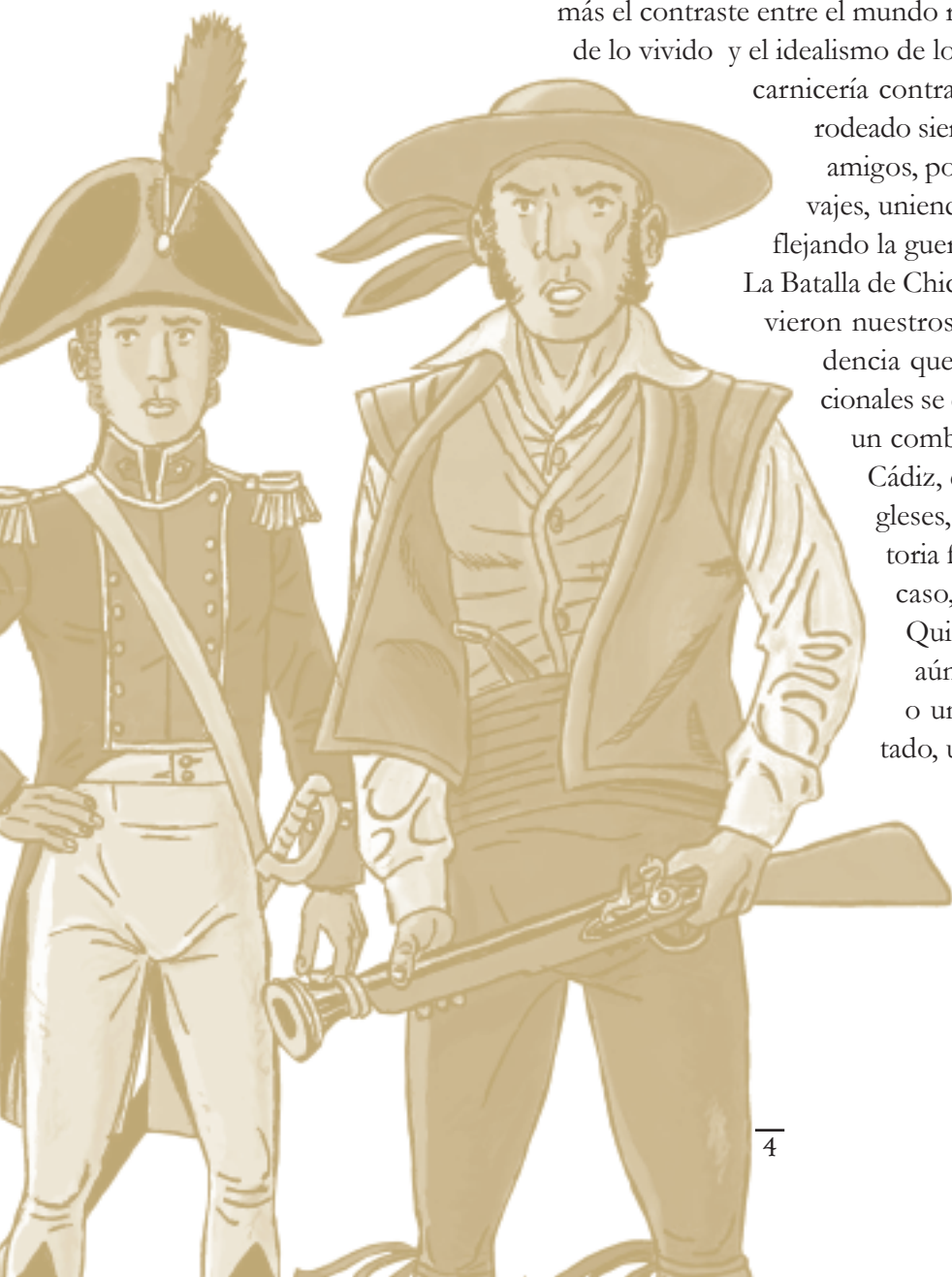
La literatura ha idealizado la guerra. A fin de cuentas, la épica es una de las tres ramas clásicas de la poética, y desde La Ilíada hasta nuestros días el ser humano ha engrandecido las gestas propias y las gestas ajenas, tiñendo el enfrentamiento entre ejércitos de ese barniz heroico y noble donde nunca faltan alusiones a la familia, la patria, o el honor. Quizá, entre nosotros, la Guerra de la Independencia que se desarrolla como telón de fondo de estas historias sea la gran guerra idealizada y romántica: el pueblo en armas para defender a su soberano y su soberanía, mientras en Cádiz un puñado de idealistas sueñan con un futuro mejor y redactan una Constitución que enderece el rumbo del siglo que nace.

En este álbum conocemos a Chano Rodríguez, campesino chiclano reconvertido en guerrillero, y a su antiguo amo y compañero de juegos infantiles, el burguesito gaditano Evaristo Martínez y Medina. Una vez más el contraste entre el mundo real y el mundo inventado, la experiencia de lo vivido y el idealismo de lo leído, la guerra como lugar de muerte y

carnicería contra los oropeles y las soflamas que la han rodeado siempre. En los pinares de Chiclana, los dos amigos, por sobrevivir, se convertirán en fieras salvajes, uniendo sus sangres por la supervivencia y reflejando la guerra como lo que es: el horror puro.

La Batalla de Chiclana fue, asedio aparte, lo más cerca que vieron nuestros antepasados la Guerra de la Independencia que ardía en toda España. Tropas internacionales se enfrentaron en el Cerro del Puerco y, tras un combate donde se intentó levantar el cerco a Cádiz, el resultado quedó en tablas. Para los ingleses, ganaron ellos. Para los franceses, la victoria fue suya. Y el asedio a Cádiz, en cualquier caso, no se levantó. La guerra continuó. Quizá Wellington se equivocaba y hay algo aún más deprimente que una batalla ganada o una batalla perdida: una batalla sin resultado, una matanza que no sirve para nada.

Rafael Marín



VUELTA A LOS ORÍGENES

Manuel Barrero

Historiador de la historieta y del humor gráfico

En la historieta que vais a leer hay drama y hay historia. Nos hallamos en el Ecuador de un drama histórico que en 1811, exactamente hace doscientos años en el momento en que este libro ve la luz, no había terminado de resolverse aún, con el asedio de España representado en el bloqueo de Cádiz y con varias fuerzas aliadas (de británicos, con portugueses y españoles bajo su mando) enfrentados contra los asediados franceses.

De todo esto nos brinda fiel repaso el historiador Rodríguez Moreno en el texto final de la presente entrega de *12 del Doce*. Ahora, lo que nos interesa en este prólogo, es reparar en la historia que se cuenta sobre la Historia; es decir, en el relato que ha urdido Rafael Marín tras haberse empapado de historia de España, concretamente de Cádiz, durante este convulso periodo que medió entre la Batalla de Trafalgar y la derogación de la Constitución de 1812 por Fernando VII.

Pinar de los franceses es el relato de una amistad y de varios rescates, de pájaros y de hombres. Al igual que vemos volar al pájaro herido al comienzo del cómic recordaremos en estas viñetas como los españoles, ansiosos por reconquistar Andalucía en esta batalla, observaron la huida de los franceses heridos

sin intervenir, dilatando el asedio francés durante más tiempo en consecuencia. Parece la historia de una derrota, pero también de una victoria; o no. Con nosotros juega el guionista, que no nos quiere dejar ver quién gana o quién pierde, quién vive o quién muere, acaso porque no interesa. Lo que importa es mostrar el caos de la guerra, la insuficiencia de la sangre, lo absurdo de la lucha.

El dibujante Ángel Olivera reconstruye con pericia aquel escenario con todo el detalle exigible. Dibuja las inmediaciones de la Barrosa y retrata los bosques chiclaneros por los que se internan oteadores y soldados, define bien a La Peña, y cuenta la batalla en su fragor y desmaña. Es pulcro en el trazo y medido en la referencia, tomando de Sorolla la luz, y de Goya la atmósfera y el eco de aquel tiempo. Lo justo para construir esta alegoría del ansia de libertad a través de la fidelidad entre los hombres, que antepusieron su condición de amigos a la de clase, casta o cargo. Olivera pone cuerpo y paisaje a un tiempo en el que todavía había honor, pero también perfidia. Quedan claras en estas páginas las desavenencias entre los militares que convirtieron una posible victoria fácil en una derrota a la larga. Por eso aquella de Chiclana fue una batalla sin vencedores,

como muy bien queda expresado en el dibujo de Olivera, buen trabajo de otro gaditano, como lo han sido casi todos los vinculados a este proyecto de remembranza sobre aquella aventura humana acaecida en la Tacita de Plata.

Sí, pues de aventura humana hablamos. El escritor Rafael Marín bien sabe que lo humano es la medida de todo relato y sobre la base de la intrahistoria viene reconstru-



yendo esta semblanza de gaditanos que querían ser independientes para recuperar España. Llegados al ecuador de esta colección de historias sobre el tortuoso camino hacia la Independencia y la Constitución, ya podemos valorar la calidad de los guiones de *12 del Doce*. Ya conviene, pues se trata de un surtido de guiones cortos pero sólidos en los que se hace comulgar la aventura de la historia con las historias íntimas, todo ello aderezado con las referencias ocultas o cruzadas que hacen “nuevas” las historias hoy. Uno de los ejemplos máximos de esta pericia narradora de Marín la hallamos en el libro *Las cuevas de María Moco*, tebeo mudo y perfecto, posiblemente uno de los mejores guiones de 2010 que, por no ser “novela gráfica”, se quedará sin las merecidas menciones y galardones. Es el injusto precio de hacer honor a la denominación de este medio, historietita.

Porque historietita, desde su etimología vaga y antigua, es historia corta o vivencia, retrato breve de la condición humana. Algunos indican que las primeras historietas afloraron en las aleluyas, aquellos retazos de hechos luctuosos o dramas del pueblo llano. Así se llamaban a finales del siglo XVIII, “historietas”. También se les llamaba así a los episodios escénicos o cortos cuadros teatrales, sobre todo en las primeras décadas del siglo XIX, precisamente durante los años en los que transcurrieron las desventuras que nos relata Marín. Más tarde, las historietas pasaron del escándalo y la tragedia a la vivencia dramática y la ocurrencia, para terminar refugiadas en lo cómico después, y en lo fantástico o lo aventurero luego.

Marín ha recorrido ese camino a la inversa, pues él es sobre todo un constructor de historias de ficción que tras navegar por universos inimaginables o fantásticos ha recalado en su Cádiz natal para contar un conflicto complejo mediante historias cortas y llanas, casi domésticas. Con historietas, vaya. Estos guiones de *12 del Doce* tienen un común

denominador, aparte de su calidad incuestionable, centrado en la naturaleza de sus protagonistas. El contexto es el de la Historia, naturalmente, y los que la conducen son los agentes protagónicos que reconocieron los historiadores, inequívocamente, pero nosotros revivimos aquellos hechos en estos cómics a través de los testigos que más sufrieron durante la lucha por la identidad y la patria, el pueblo llano. Marín nos ha ido introduciendo en el pellejo de gentes de la calle, de los secundarios, de los marginados incluso, pues a través de sus condiciones (o del vuelo de sus pájaros heridos brevemente liberados) es más fácil preguntarse: “¿Qué guerra, o para qué?” O: “¿Qué libertad, o para qué?”

Estos guiones de *12 del doce* nos hacen volver a los orígenes de España como patria independiente en los albores del XIX y, con ellos, su guionista vuelve a sus orígenes también. Asimismo, con ellos, aunque esto no lo atisbe el lector casual, Marín retorna a sus lecturas infantiles y a los orígenes del medio. Los referentes a muchos personajes de cómic, a clásicos del medio, están ahí (es fácil adivinar quién anida detrás del personaje que dice rotundo en estas páginas: “Se mata, se come”). De igual modo, los orígenes yacen en esa fórmula escogida por Marín, la del silencio, tan difícil de “escribir”. En el presente libro nos entrega otra historia parca en palabras, con los personajes justos, tan nimios ante un paisaje conflictivo y abigarrado, pero que condensan en su presencia mínima y en sus diálogos medidos toda la necesidad de apoyo, arrojo y certezas.

“¿Hemos vencido, entonces?”

No. Calla. Queda mucha guerra aún. Mucha sangre por derramar. Muchos espacios por llenar de silencios.

...

12 del doce. Doce de Marín. Estos tebeos recrean aquellas sangres libres y aquellos silencios rotos en doce guiones... para la Historia. ■



PLAYA DE LA BARROSA. AGOSTO DE 1804.



A PILI Y A MARTA

A. OLIVERA







¡CHANO! ¡CHANO,
DI ALGO!
¡SOY YO, EL
SEÑORITO
EVARISTO!



TENIENTE EVARISTO
MARTÍNEZ Y MEDINA SE
PRESENTA AL SERVICIO,
SEÑOR.

4A



CERRO DEL PUERCO, 5 DE MARZO DE 1811.

DESCANSE, TENIENTE.
¿TRAES NOTICIAS DE LAS
TROPAS DE CÁDIZ?



LOS VOLTIGEURS DEL GENERAL
VICTOR HAN ASALTADO LAS
TRINCHERAS DE ZAYAS.
HEMOS SUFRIDO TRESCIENTAS
BAJAS, SEÑOR.

HEMOS TENIDO QUE
RETIRAR EL PUEBLO DE
BARCAS SOBRE EL CAÑO
DE SANCTI PETRI Y
REPLEGARNOS.



MAYOR, DÍGALE A GRAHAM
QUE, CUANDO HAYAMOS HECHO
RETIRARSE A LOS FRANCESES
HASTA EL RÍO, AVANCE
POR EL FLANCO HACIA
TORRE BERMEJA.

WITH ALL DUE RESPECT,
SIR, ¡ESO DEJARÁ
EXPUESTOS LA RETAGUARDIA
Y EL FLANCO, GENERAL
LAPENA! ¡DEJARÁ EL
CERRO SIN DEFENSA!

4B









¿CÓMO ESTÁ SU MADRE DE LISTED? ¿Y LA SEÑORITA CLARA?

EN CÁDIZ, SOBREVIVIENDO COMO PUEDEN AL ASEDIO. POR ESO ES TAN IMPORTANTE QUE VENZAMOS ESTA BATALLA QUE SE AVECINA, CHANO. PARA HACER QUE LOS FRANCESES RETROCEDAN. ¿Y CONSUELO, TU HERMANA?



UN MEDIO NOVIO QUE TENÍA SE ECHO AL MONTE. DICEN QUE LO MATARON ALLÁ POR ARCOS. POBRE JUANILLO EL CORTO. ELLA... VIVE AHORA DE LO QUE PUEDE, LISTED YA ME ENTIENDE. YO... CUANDO NOS QUITARON LAS TIERRAS, ME ENROLÉ DE OTEADOR.



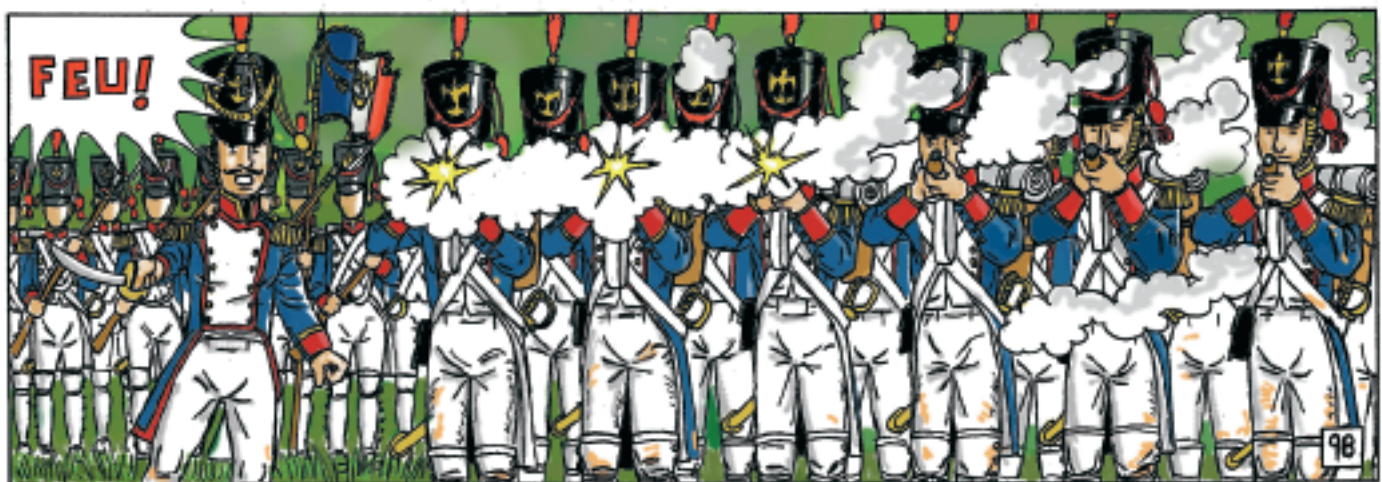
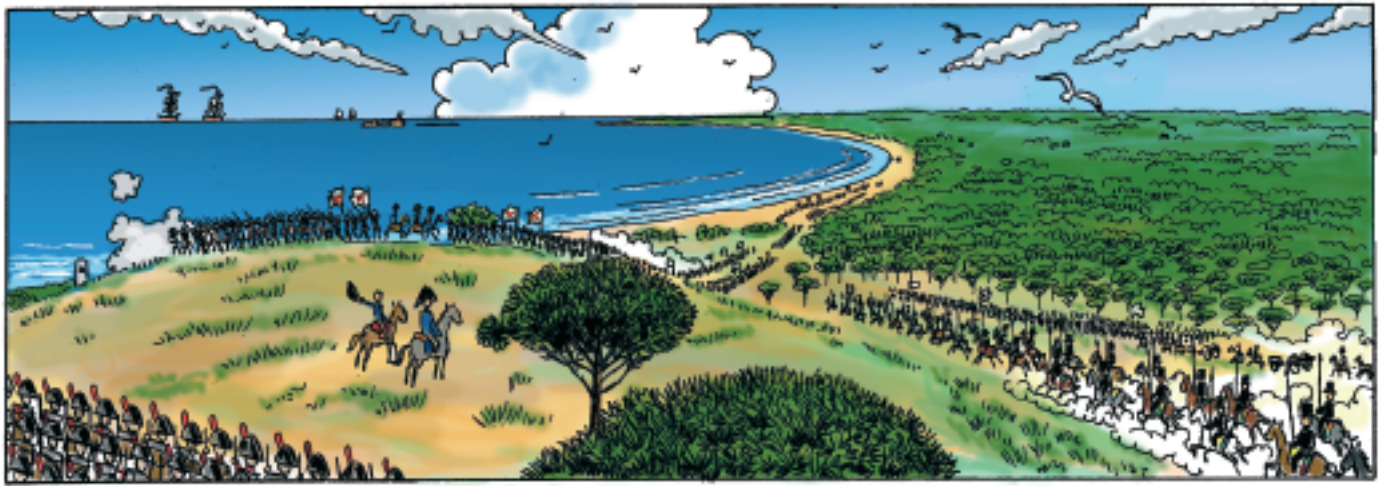
NO ES MAL OFICIO, SE MATA Y SE COME.

8A

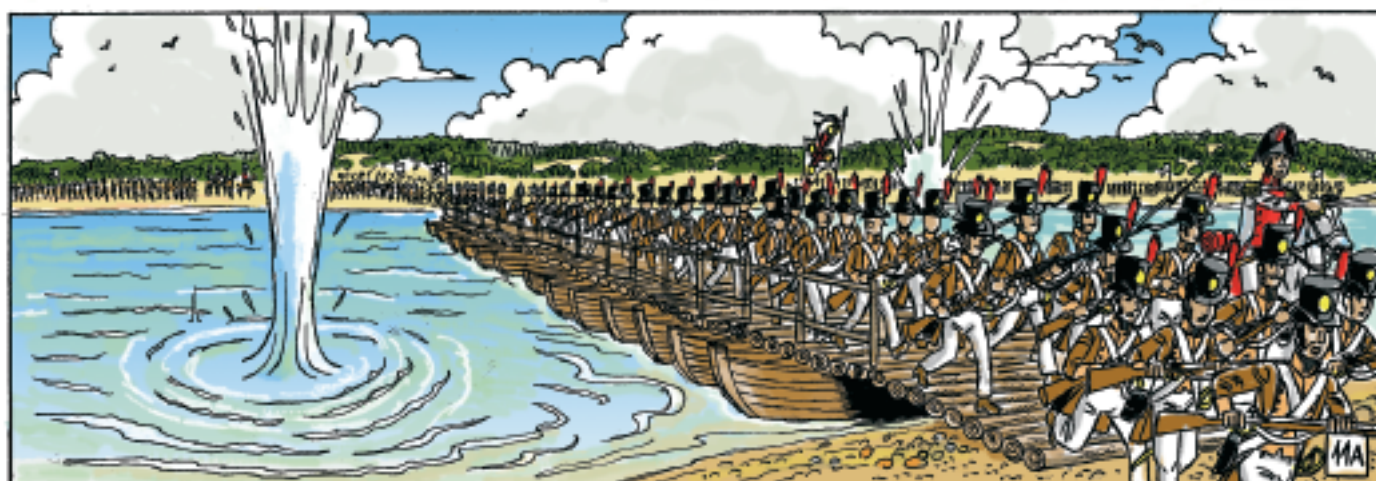


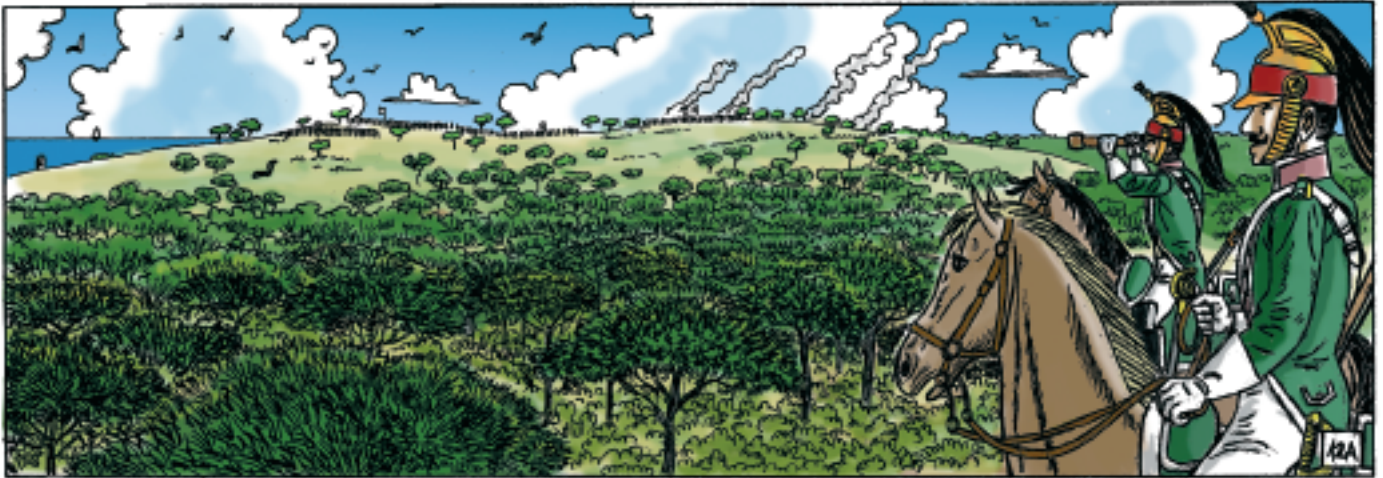
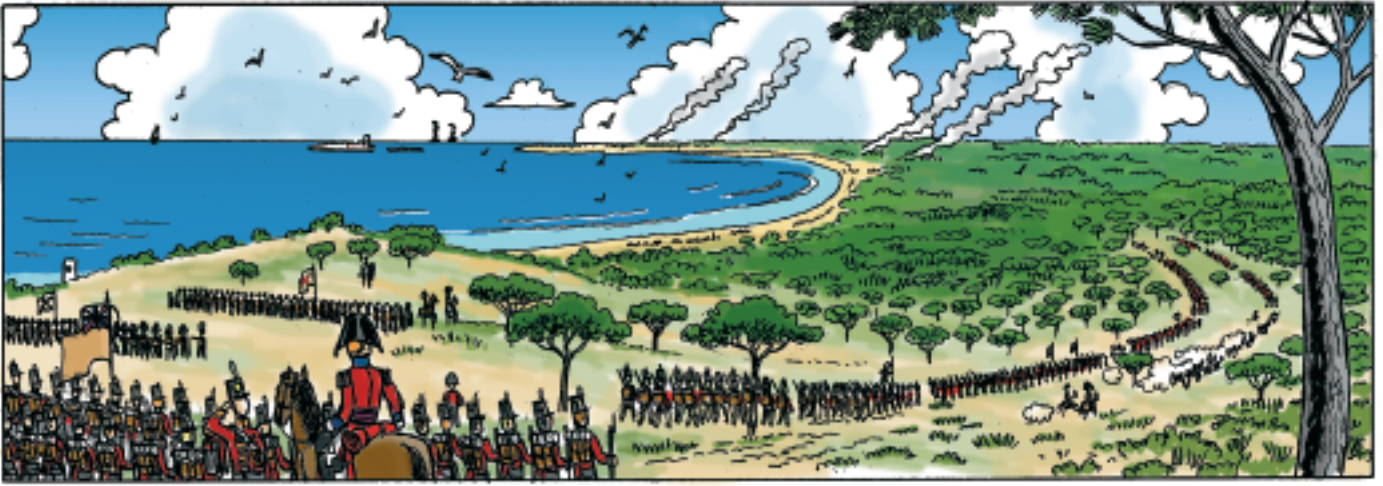
NO SE SEPARÉ LISTED DE MÍ, SEÑORITO EVARISTO. CUANDO LAS COSAS SE PONGAN FEAS, YO SABRÉ PROTEGERLE.

8B







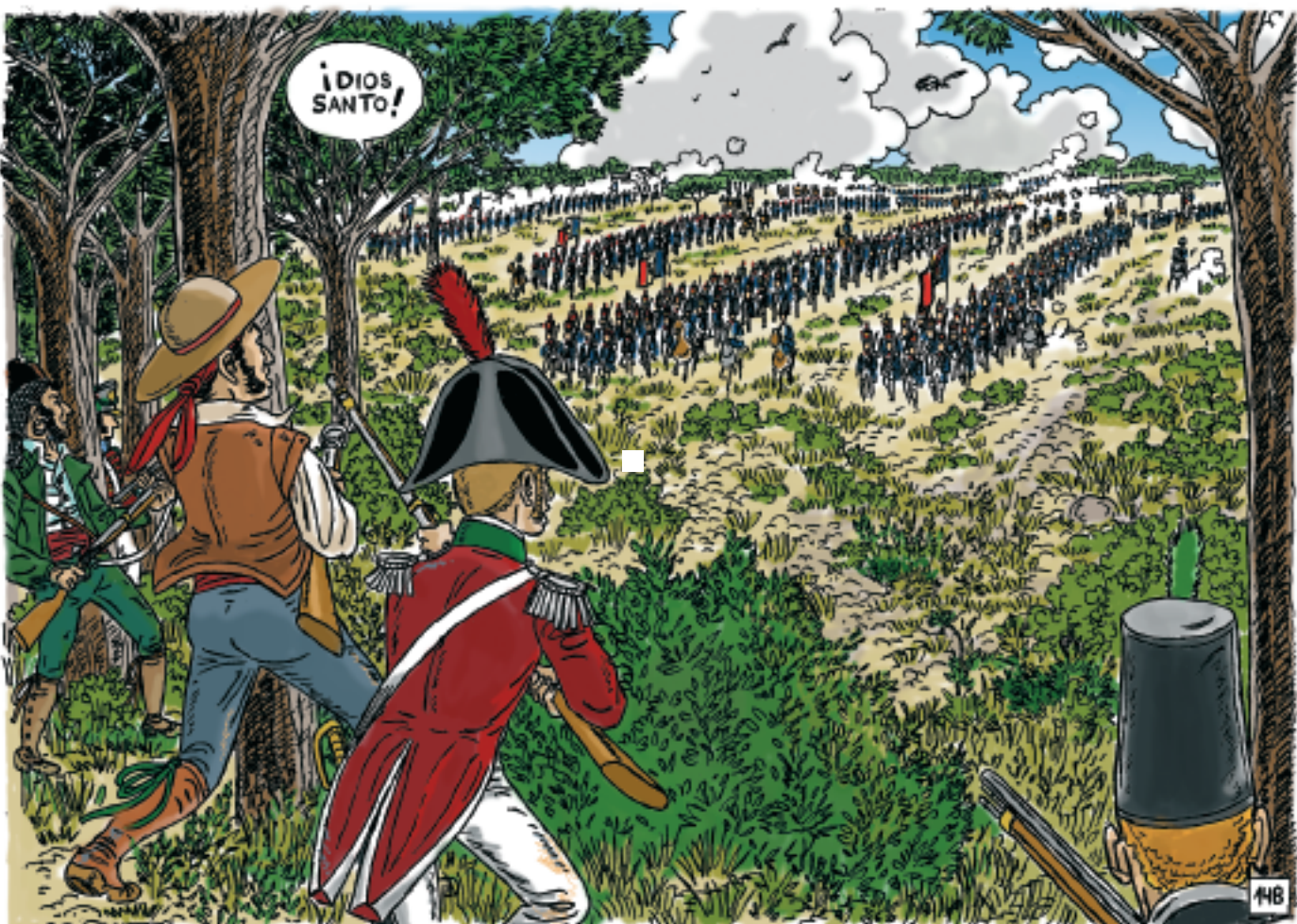


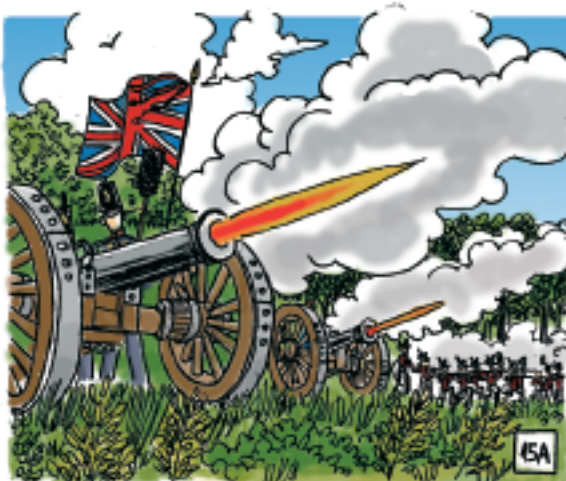


¡MI GENERAL! ¡EL ENEMIGO HA OCUPADO EL CERRO! ¡LOS NUESTROS SE RETIRAN!

¡LOS FRANCESSES, SEÑOR! ¡ESTOS GUERRILLEROS LES HAN VISTO! ¡AVANZAN HACIA EL BOSQUE, SOBRE NOSOTROS!

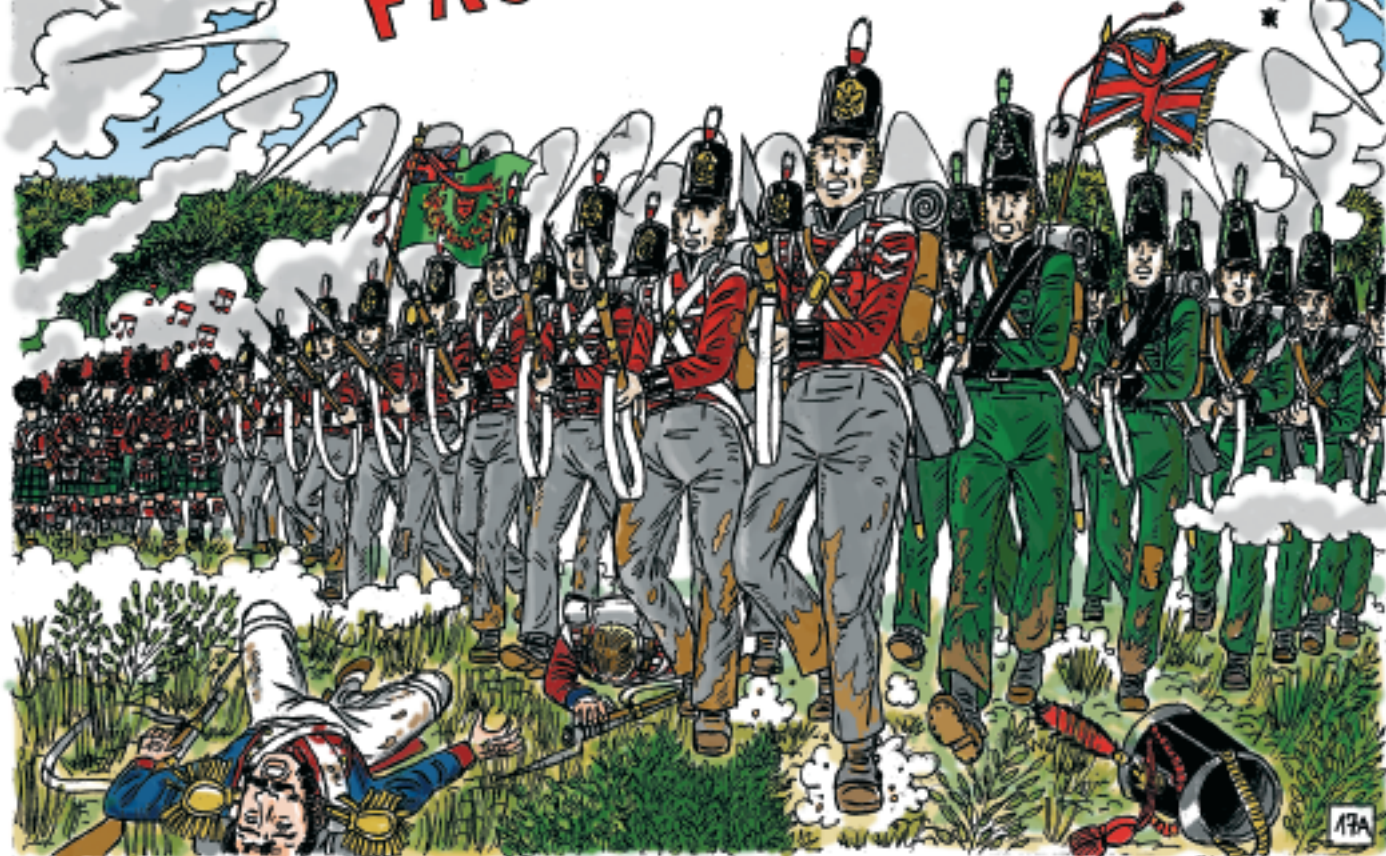
GOOD HEAVENS!







FAUGH A BALAGH !!!!

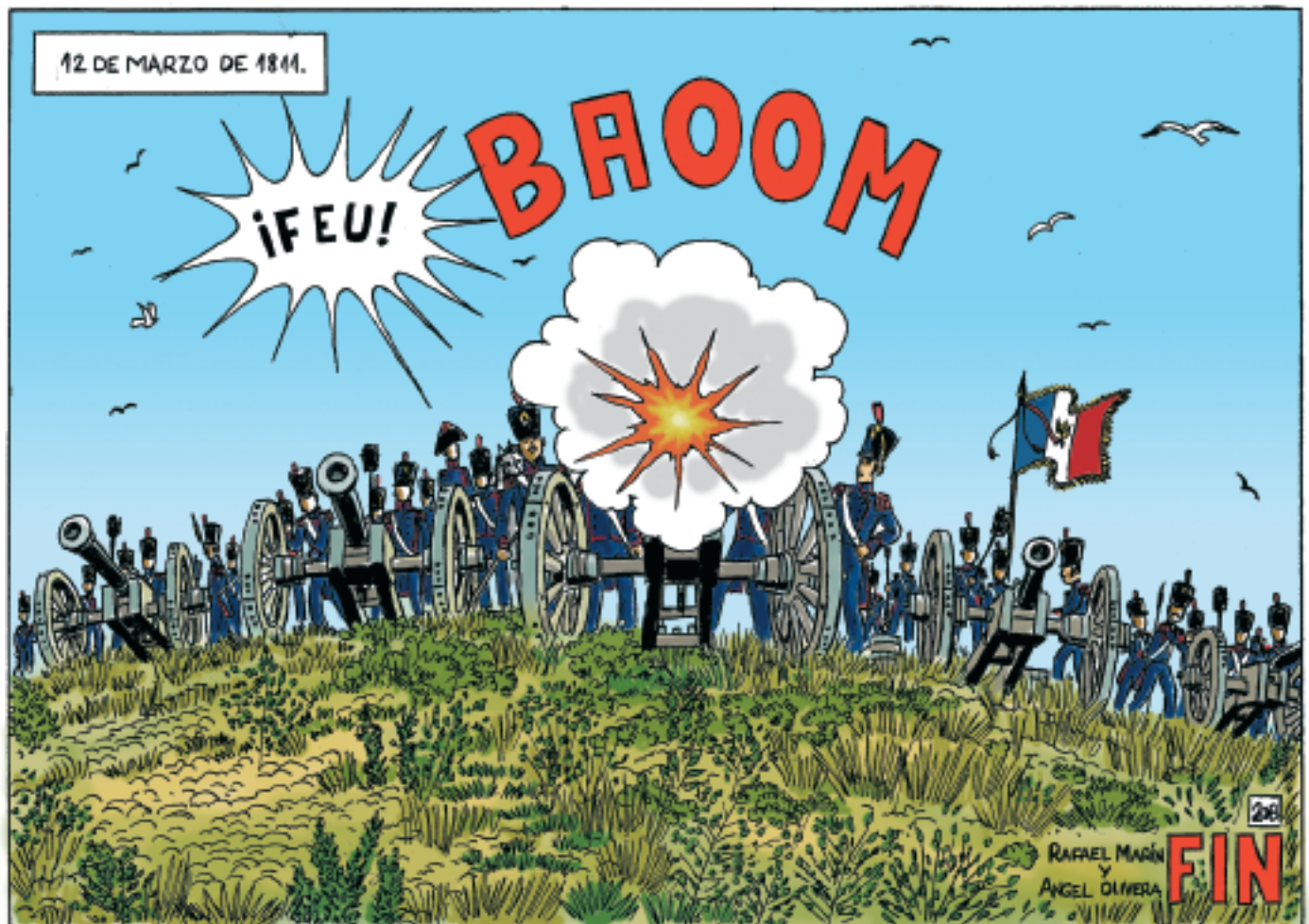


• "¡DEJAD PASO!"









LA BATALLA QUE PUDO CAMBIAR UNA GUERRA

José Joaquín Rodríguez

Asesor histórico

La guerra nunca cambia. Tal vez sí cambien los motivos por los que se lucha, y sin duda lo hacen las armas con las que se mata, pero la destrucción y la muerte son siempre las mismas.

LAS TÉCNICAS Y LAS HERRAMIENTAS DE LA GUERRA

Durante las guerras napoleónicas, algunos países, entre ellos España, aún conservaban unas tácticas de lucha bastante ineficaces: En primer lugar, la artillería castigaba a las líneas enemigas y la caballería castigaba sus flancos. A continuación, la infantería avanzaba en rígidas formaciones al encuentro de su adversario, hasta que se situaban a no más de veinte metros y abrían fuego. Tras una humareda negra y el intenso olor de la pólvora y la sangre entremezcladas, la infantería recargaba sus armas y, llegado el caso, cargaba bayonetas y combatía cuerpo a cuerpo con el enemigo. Cuando la moral se derrumbaba o los oficiales consideraban las bajas demasiado altas, la batalla tocaba a su fin.

Sin embargo, vencer o perder una batalla no solía conllevar vencer o perder una guerra: los ejércitos eran tremendamente lentos, por lo que un enemigo derrotado podía retirarse sin excesivos problemas y, en caso de tener suficientes hombres y recursos materiales, volver a luchar poco después.

Una gran novedad de los ejércitos franceses fue apelar, durante los complicados años de la Revolución, a un nuevo sentimiento patriótico que convertía la defensa de la nación en un deber de los ciudadanos. Esto llevaría a un sistema de reclutamiento bastante efectivo en su época, que ofrecía una mayor facilidad para reponer las pérdidas; además, no se puede menospreciar la moral de las tropas francesas, que seguras de estar luchando por un ideal nacional y no solamente por una paga, permitió a los ejércitos revolucionarios primero, y a los napoleónicos después, aguantar en momentos de extrema dificultad.

Otras dos ventajas francesas fueron la velocidad de las tropas y la capacidad de improvisación de los oficiales. De la primera, hay que indicar que su capacidad para vivir a costa

Este grabado inglés recoge el momento en el que los ingleses cargaron contra los franceses y evitaron el desastre. A pesar de su simpleza, la confusión y la violencia de la batalla quedan perfectamente reflejados.



de los territorios conquistados hacía mucha más fácil su desplazamiento, pudiendo perseguir y exterminar a los enemigos derrotados. De la segunda, no podemos olvidar que muchos oficiales, entre ellos el propio Napoleón, eran jóvenes que ascendieron hasta el generalato por méritos propios, frente a los ejércitos de las monarquías absolutas, con generales menos imaginativos, en ocasiones ancianos, con nula capacidad de improvisación.

El único país que tal vez podía hacer frente a las fuerzas de Napoleón era Inglaterra. Con un ejército mucho menos numeroso, el país tenía una economía fuerte que podía soportar una guerra prolongada, una flota poderosa que podía prestar ayuda en puntos clave (por ejemplo, en Cádiz) y transportar las unidades militares a puertos propios o amigos mucho más rápido que por tierra. Además, la infantería inglesa poseía una disciplina enorme, y era capaz de acercarse mucho a las líneas del enemigo antes de hacer un par de disparos rápidos, para a continuación cargar bayonetas. Esta forma de ataque era tremendamente efectiva a la hora de causar bajas en el enemigo: no sólo se hacía blanco con mucha más facilidad, sino que al disparar al mismo tiempo, el soldado enemigo recibía un fuerte golpe psicológico al ver caer a un gran número de sus camaradas de una sola vez.

Respecto a las armas, simplemente decir que eran bastante rudimentarias. Un mosquete grande y pesado era el arma principal de todos los ejércitos, un arma de metro y medio de altura y casi siete kilos de peso, que apenas podía disparar dos o tres veces por minuto en el mejor de los casos, con una precisión tan nefasta que en ocasiones sólo se acertaba uno de cada cinco disparos. El rifle era mucho más preciso a la hora de disparar, puesto que era más pequeño también resultaba bastante maniobrable, pero su cadencia de disparo no superaba en el mejor de los casos los dos disparos por minuto, por lo que los ingleses solían emplearlos para hostigar el flanco del enemigo.

NAPOLEÓN, INVENCIBLE

Pero la guerra no siempre se presentaba bajo la forma de soldados disparándose



La obra del magistral pintor Robert Alexander Hillingford (1825-1904) nos relata la dureza, el armamento y el caos que acompañaban a una batalla.

de cerca, embistiendo a un enemigo cuyo aliento podían sentir y cuya sangre les podía salpicar. En ocasiones, la destrucción y la muerte llegaban desde la distancia.

Para los gaditanos, la guerra se hacía presente en el mismo momento que escuchaban el repicar de las campanas, tanto de noche como de día. Éstas no llamaban a misa ni señalaban la hora, sino que advertían de los bombardeos franceses sobre la ciudad. Con resignación, los residentes maldecían al enemigo y se retiraban a las partes de la ciudad donde las bombas casi nunca llegaban, acostumbrados a una rutina agotadora que consumía sus nervios.

A comienzos de 1811, aunque los gaditanos resistían con un ánimo y un valor meritorios, nada parecía indicar que la guerra se acercase a su fin, y mucho menos a un final deseable. De hecho, en aquel momento el poderío de Napoleón llegaba a su cenit: Sus ejércitos no habían sufrido ninguna derrota desde Bailén, casi tres años atrás, y las únicas potencias que se le oponían eran Inglaterra, España (que apenas contaba con unos cuantos miles de soldados apiñados en Cádiz y una activa resistencia guerrillera en el norte) y Portugal (que había perdido todas sus plazas en la península y cuya capital se había trasladado a Brasil).

En febrero de aquel año, los oficiales ingleses, portugueses y españoles decidieron plantar cara a Napoleón. Una victoria no sólo daría esperanzas a los combatientes, sino que recordaría a toda Europa que las fuerzas de

Napoleón no eran ni mucho menos invencibles. De hecho, el talón de Aquiles de Napoleón se encontraba en Cádiz: convencidos de su poder, los ejércitos que asediaban la ciudad no esperaban una contraofensiva, y habían mandado una parte importante de sus efectivos a luchar en Badajoz. Si las fuerzas coaligadas de ingleses, portugueses y españoles pudieran derrotar a los franceses, tomarían rápidamente toda Andalucía desde las bases de Cádiz y Gibraltar.

LA BATALLA DE CHICLANA

El plan de las fuerzas aliadas era bastante ingenioso: unas 12.000 tropas anglohispanas saldrían de Cádiz por mar y desembarcarían por sorpresa en la zona de Tarifa, donde serían apoyadas por un millar de irregulares, guerrilleros y voluntarios mayormente. Rápidamente lanzarían un ataque por la retaguardia del ejército francés, y desde Cádiz se iniciaría una ofensiva con unos 4.000 hombres, rodeando de esa manera a las fuerzas napoleónicas, lo que conduciría a su aniquilación o rendición total. Sobre el papel, el plan era perfecto.

Sin embargo, las fuerzas aliadas tuvieron problemas con el mal tiempo, demorándose más de lo previsto en el desembarco. La concentración de tropas irregulares, que esperaban a un gran ejército que no llegaba, terminaron por ser descubiertas. El mariscal Víctor, al mando de las fuerzas francesas, rápidamente imaginó lo que estaba ocurriendo y mandó re- fuerzos a la retaguardia: si actuaba deprisa

podía volver las tornas a su favor, y aniquilar de un plumazo a la mayoría de las tropas que defendían Cádiz y Gibraltar. El mariscal Víctor sólo necesitaba tiempo para reorganizar a sus tropas, y el comandante de las fuerzas aliadas, el general Manuel la Peña, se lo dio de sobra.

General de escasa capacidad pero larga carrera, La Peña (Doña Manuela, como llegó a ser conocido por su cobardía) estaba aterrado con la idea de ser sorprendido por el enemigo, por lo que decidió avanzar solamente por la noche, con los consiguientes retrasos que eso significaba. Eso bastó para que Víctor actuase: tuvo tiempo suficiente para hacer retroceder a las fuerzas gaditanas que esperaban, inútilmente, el ataque de La Peña. Asegurado el frente, Víctor concentró sus tropas en la retaguardia, ocultando a parte de las mismas en un pinar cercano a la localidad de Chiclana.

La Peña se dirigía sin saberlo hacia una trampa, confiando en que aún no había sido detectado. Sin embargo, el comandante inglés Thomas Graham era consciente de la torpeza del general español, y tomó medidas para que sus hombres pudiesen reaccionar en caso de ser emboscados. Así, cuando las fuerzas francesas golpearon por sorpresa y las fuerzas españolas comenzaron una caótica retirada, los ingleses y portugueses bajo el mando del general Graham permanecieron firmes en la Loma del Puerco, encarando a los franceses.

Las fuerzas de Graham se batieron con un valor sorprendente, consiguiendo retrasar

Las inmediaciones de la Loma del Puerco vistas desde la playa. El mismo recorrido que hoy hacen los turistas paseando lo realizaron, doscientos años atrás, las tropas anglo-hispanas en plena retirada.





En la propia Loma del Puercu se levantó recientemente un monumento a los caídos en la batalla. Su alentador mensaje reza así: "El 5 de marzo de 1811 se libró en esta colina la 'batalla de Chiclana o de la Barrosa' contra las tropas napoleónicas. Miles de soldados británicos, franceses, españoles, portugueses, polacos y alemanes, regaron con su sangre esta loma. Hoy, ya en un nuevo milenio, los descendientes de aquellos soldados conviven en una Europa unida y en paz (...)"

el avance francés y facilitando la retirada española. Algunas unidades inglesas llegaron a combatir con una proporción tan desventajosa como diez contra uno, y a pesar de ello conservaron sus posiciones. Según avanzó la batalla, las técnicas de lucha inglesas que explicábamos antes, sumadas a la confusión de la batalla, hicieron pensar a los franceses que se enfrentaban a un enemigo muy superior en número, por lo que la moral se hundió en las filas napoleónicas y comenzó una retirada caótica.

El mariscal Víctor intentó reorganizar sus fuerzas, pero el general Graham supo sacar partido a la situación y colocó a los franceses en una posición extremadamente peligrosa. ¡Si se lanzaba un ataque con suficientes fuerzas, podía aniquilarse al ejército francés! Sin embargo, el general La Peña se negó rotundamente a dar apoyo a las fuerzas inglesas, a pesar de que algunos oficiales españoles le animaron a ello.

Finalmente, ingleses, portugueses y españoles se retiraron por mar, y los franceses se reorganizaron y continuaron con el asedio a Cádiz.

CONSECUENCIAS

Franceses e ingleses no se ponen de acuerdo sobre el resultado de la batalla. Los ingleses la consideran una victoria táctica, en tanto que con pocos hombres lograron salvar a las fuerzas españolas y provocar la retirada francesa. Por su parte, los franceses consideran que la victoria estratégica fue de ellos, puesto que al final su ejército se reorganizó y continuó con el asedio de Cádiz. Las bajas fueron algo mayores entre los franceses que entre los aliados (un 20% de bajas francesas frente a un 10% de los aliados), pero puesto que Francia podía reponer sus bajas más rápido que Inglaterra, Portugal y España, eso no supuso ningún problema. En el plano moral, los franceses sufrieron un duro golpe (llegaron a hacerse planes para levantar el sitio y retirarse a Sevilla), mientras que en Cádiz la heroica actuación inglesa levantó la moral de los sitiados.

Una vez en Cádiz, La Peña tuvo el descaro de acusar a Graham del fallo de la operación. Su enfrentamiento llegó a tal punto que las autoridades tuvieron que intervenir: el general español fue sometido a una corte marcial y, aunque fue absuelto, no volvió a dirigir tropas en combate; el general inglés fue enviado a otro destino.

Nada había cambiado. Destrucción y muerte. La guerra continuaría tres largos años más. ■

PRÓXIMO NÚMERO

DOMINGO DE PIÑATA

FEBRERO DE 1812

Ella, Clara Martínez y Medina,
es sensible, delicada, culta y liberal,
hija de una familia acomodada
de la burguesía gaditana.

Él, Ernesto Bocuñano, es un pobre
gacetillero que cubre para su periódico
El Robespierre Español las sesiones
de las Cortes y no tiene dónde
caerse muerto.

Dos mundos distintos unidos
en un amor imposible.

Entre cartas de amor que se cruzan,
el gacetillero y la burguesita deciden
fugarse juntos un Domingo
de Piñata...

Guión

RAFAEL MARÍN

Dibujos

FRITZ

